

Crisis civilizatoria y alternativas de la humanidad

Por Fander Falconi^{*:}

1. Introducción

Este coloquio internacional, sobre "Crisis civilizatoria y alternativas de la humanidad", trata un problema que hoy en día se está discutiendo en todo el mundo: el futuro de la humanidad y del planeta. Muchos pensamos que, desde hace algunas décadas, éste dejó de ser un tema para la filosofía y la ciencia ficción.

El título de esta ponencia, "Crisis civilizatoria y alternativas para la humanidad", de inmediato me trae a la mente la dimensión del tiempo: un presente asociado a la crisis y un futuro relacionado con la búsqueda de una esperanza, de una alternativa para la humanidad. Es un título que evoca más nuestras interrogantes existenciales que nuestras certezas sobre el porvenir.

La velocidad con la que vivimos es única. Es el ritmo que nos permite la tecnología, asociada al modo de producción y al voraz consumo a los que nos somete la sociedad capitalista. Lo que hoy día tiene valor, lo tiene si puede ser intercambiado; es el imperio del valor de cambio, como el insuperable fundamento de las relaciones sociales contemporáneas.

La base que sustenta el capitalismo es la acumulación, es el espíritu mismo del sistema. Como tal, poco importan los medios que use para alcanzar sus fines. Con esa aspiración irrefrenable, la producción se intensifica al máximo y el consumo se extiende con enorme velocidad. La naturaleza y sus recursos (como factores de la producción) sólo son simples insumos que operan a favor de la acumulación de capital, que en su proceso de crecimiento y dominio mundial, va arrasando todo a su paso; pero sobre todo,

* Doctor en Economía Ecológica. Secretario Nacional de Planificación y Desarrollo del Ecuador.

genera pobreza y desigualdad en los seres humanos (como la característica clásica, que permitió a Marx crear la base para el desarrollo de su pensamiento científico), pero, además, el deterioro acelerado del ambiente.

Pero el productivismo no ha sido característica exclusiva del capitalismo. También lo fue del socialismo pasado, en un mundo en que las externalidades poco importaron en las economías de planificación central, al igual que ocurre en las economías de mercado. La organización de la producción y su maximización para alcanzar una aspiración de vida de igualdad social –muy loable en el socialismo– tuvieron también costos ambientales altos, justamente porque se vio obligado a rivalizar con su modelo económico y político contrapuesto.

Sabemos que en el capitalismo las circunstancias exigen una mayor rapidez de cambio de tecnología; se necesita paulatinamente un nuevo ritmo para responder a la velocidad del consumo. Esta problemática característica ya fue detectada por el economista austríaco Joseph Schumpeter, para quien se trataba de una “destrucción creativa”.

El capitalismo contemporáneo requiere que las nuevas tecnologías y productos que desplazan a los anteriores aparezcan y se extingan en forma incesante. La lógica de la acumulación acelera los tiempos de la obsolescencia programada, de los productos de vida corta que dinamizan el juego consumista de la modernidad y post-modernidad –siguiendo a David Harvey-. Esta lógica social es una expresión más de la crisis de la sociedad.

Al referirla a la realidad que vivimos en este siglo, “crisis” es una palabra con varias connotaciones. Su espectro es amplio. Abordar la crisis en su totalidad supondría una tarea demasiado ambiciosa si intentásemos un análisis interdisciplinario para obtener una visión completa y profunda, capaz de revelarnos su compleja naturaleza, desde sus diversos ángulos: filosófico, sociológico, económico, tecnológico, antropológico, religioso.

Esto sería pretensioso e imposible. Quiero limitarme a plantear un problema de la crisis en la cual están comprometidos, a su vez, otros factores que influyen en la caracterización de un estadio específico del capital, que corresponde a un momento histórico de la sociedad occidental del nuevo siglo. Pero no podemos abordar el problema de la crisis mundial, fuera de la atmósfera y el entorno físico de la sociedad, como un resultado concreto del impacto de sus acciones, que se expanden y generan el gigantesco y descontrolado deterioro ecológico del planeta, de cuyas manifestaciones los pueblos del mundo son testigos y, en muchísimos casos, sus víctimas fatales.

El reconocimiento de que existe una crisis real de la magnitud que hoy enfrentamos implica plantearnos también las formas de encararla de manera global, con una actitud abierta y generosa, mundialmente colectiva y llena de esperanza para la humanidad. Un enfoque como el propuesto por Jeremy Rifkin (*“La civilización empática”*, 2010)¹, quien rescata el altruismo de los seres humanos por sobre el egoísmo que sirve de sustento al mercado capitalista. La crisis que encaramos es de tal profundidad, por los disturbios ocasionados al planeta, que estamos frente a un potencial escenario de colapso final². La concentración de dióxido de carbono (CO₂) –uno de los principales gases que provocan el efecto invernadero– en la atmósfera superó ya para siempre o por muchos años, por primera vez en la historia humana, la frontera de las 400 partes por millón. Esto fue anunciado el 9 de mayo de este año en Mauna Loa, Hawai, la estación más antigua de medición de emisiones de CO₂.

Cuando se empezó a estudiar este fenómeno, hacia 1900, la concentración era de 300 partes por millón (ppm). Según

¹Rifkin, J. (2010). *La civilización empática*. Barcelona, Paidós.

²Existe consenso científico de que un aumento de más de dos grados centígrados a la temperatura promedio planetaria –por la excesiva quema de combustibles fósiles y la consiguiente emisión de dióxido de carbono, el gas que más contribuye al calentamiento global– sería catastrófico para la humanidad. Ese es el umbral.

los registros de medición, esta aumenta 2 ppm cada año. La comunidad científica ya ha alertado sobre las impredecibles consecuencias para la vida en el planeta si se produjera una concentración de CO₂ en la atmósfera superior a los 450 ppm. Con esto podemos afirmar que la humanidad nunca antes había alcanzado un nivel de conciencia e información tan alto como para tomar la decisión de empezar a revertir la realidad amenazante.

El cambio climático presente es la obvia respuesta de la naturaleza a la crisis civilizatoria. Es más, se trata del efecto a la agresión provocada (en el plano físico), de las acciones humanas sobre la tierra. Ambos fenómenos son inseparables, interdependientes. Por ello, frenar el cambio climático implica reconocer la naturaleza civilizatoria de la crisis para proponer un "cambio civilizatorio".

Mientras algunos de los fenómenos descritos suceden en la atmósfera, la sociedad humana se descompone y su gobernanza internacional es incapaz de reaccionar de manera responsable y rápida a la alarmante situación del mundo. Se trata de una gobernanza caduca para los tiempos en que vivimos, que no está muerta pero que su comportamiento muchas veces nos advierte que está en proceso.

El sociólogo alemán Ulrich Beck ("World Risk Society", 1998)³ acuñó el concepto de zombis para caracterizar a las instituciones de la sociedad contemporánea. La metáfora de los muertos vivientes tiene hoy una aplicación especial para definir el reacomodo del capitalismo y la crisis permanente con la que está acostumbrado a convivir, y que podría determinar el proceso de configuración de un nuevo orden económico, social y político.

Hablamos de un cambio civilizatorio, en la medida en que la crisis actual es la expresión de algo que tiene connotaciones de mayor profundidad. No nos referimos en forma exclusiva a las instituciones o a la sociedad en general, sino al orden físico de la naturaleza. ¿Acaso existe

³Beck, U. (1998). *World Risk Society*. Cambridge, Polity Press.

algo más concreto que la vida, la naturaleza y sus ciclos fundamentales? No podemos eludir las certezas con las que hoy contamos, en especial las graves alteraciones provocadas en el planeta, gracias al conocimiento científico del mundo físico y natural. Todos estos fenómenos, documentados a cabalidad son la advertencia de una realidad ineludible, frente a la cual el mundo no puede permanecer impávido. Desde hace algún tiempo hemos advertido sobre este conjunto de desórdenes, entre los cuales la crisis económica es sólo una de sus expresiones.

En medio de esta crisis multiforme las instituciones zombis caracterizadas por Beck persisten y parecenser parte sustancial de ella. Tras la crisis financiera de 2008 era de esperarse una fuerte reorganización del orden internacional, una reacción propositiva e innovadora de las instituciones para enfrentarla. Pero los zombis (los muertos vivientes, como figuras de la literatura popular de terror) son los encargados de aterrorizar a la sociedad. Son las instituciones zombis del capitalismo que se reaniman temporalmente, en medio de su crisis, y ponen en vilo a la sociedad.

¿Qué es lo que reanima y reacomoda a los zombis? Es el esquema capitalista internacional que no quiere morir y que se reinventa a sí mismo; unas veces de manera sutil; otras, con la prepotencia que caracteriza a la acumulación contemporánea y su necesidad de imponer sus estrategias geopolíticas. La idea catastrófica de que ese cambio civilizatorio conduce, de manera inevitable, a la finalización del capitalismo, es determinista. No lo sabemos todavía; la incertidumbre es evidente y la realidad actual es muy cambiante como para aventurarnos a vaticinar el futuro.

Al caracterizar la etapa histórica iniciada con la crisis financiera de 2008, David Harvey afirma que la revitalización del capitalismo en su conjunto ha fracasado, pero no así los mecanismos de concentración y el

incremento del poder de la clase capitalista.⁴Es evidente que el capitalismo financiero es el triunfador en este momento histórico.

El sociólogo y filósofo polaco Zygmunt Bauman emplea el concepto de "fluidez," como una metáfora del momento actual en la denominada "era moderna".⁵

Nos encontramos en un momento líquido y fluido. Lo que antes era sólido hoy se derrite: en forma literal y figurada caen los muros y surge un nuevo momento del mercado en sus distintas expresiones. Pero al mismo tiempo en las fronteras se levantan muros sólidos y reales, que reflejan las duras políticas que activan procedimientos de persecución despiadada, y se promulgan leyes restrictivas a la movilidad humana, para impedir el paso de los migrantes hacia los países ricos –que se convierten en víctimas originadas por el mismo sistema que bloquea su paso.

Para Bauman, la fluidez corre de manera vertiginosa en el tiempo y en el espacio, y siembra nuevas incertidumbres porque desconocemos la dirección que puedan tomar esos cambios.

Uno de los elementos clave para comprender la crisis civilizatoria es la individualización, el egoísmo a ultranza de la sociedad. Frente a un problema de la magnitud que avizoramos, las respuestas tienen que ser globales, articuladas y contundentes. Requerimos un cambio de era, una reconfiguración de época y de visión de la sociedad humana. Y para ello, necesitamos partir de un pensamiento integrado e integrador, que nos permita proponer salidas urgentes a la crisis que hoy vivimos.

Para comprender mejor este proceso necesario, primero debemos reconocer que la individualización es un fenómeno

⁴Harvey, D. (2013). "El neoliberalismo como 'proyecto de clase' ". (B. Elasa, entrevistador). Recuperado el 31 de mayo de 2013, de Marxismo crítico: <http://marxismocritico.com/category/a-la-calle-que-ya-es-hora/lucha-de-clases/page/2/>

⁵Bauman, Z. (1999). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

funcional al mercado capitalista, pues está movido por la dinámica del consumo sin fin. Este fenómeno produce una cultura y un comportamiento determinado (el consumismo exacerbado) de la sociedad.

Por ello es fundamental insistir en la urgencia de cambiar las conductas individuales (los patrones consumistas), que son las que provocan y aceleran la insostenibilidad del consumo capitalista en el mediano plazo, aunque sean el fundamento de las utilidades del capital en el corto plazo.

Segundo, este cambio individualizado de las conductas de los consumidores no será suficiente, pues requerimos un cambio social profundo, en el que el ciudadano recupere el lugar usurpado por el consumidor, y ceda el paso al ser humano originario. Esto significa un cambio estructural en la civilización: el desafío más grande de la humanidad en el presente siglo para salvar el planeta.

Y tercero, que toda contribución que aparezca en esta línea, desde el pensamiento, desde la política, desde una nueva filosofía de las instituciones, desde la organización y movilización social en el mundo, será el inicio verdadero de una nueva era.

Al respecto, sólo voy a referirme al ámbito de las contribuciones desde el pensamiento y compartir un par de ideas sobre la materia que estamos abordando.

2. Crisis y mediciones del desarrollo

Considero necesario hacer dos breves reflexiones, como propuestas de discusión que contribuyan al debate en este coloquio internacional.

La primera reflexión, que identifica la existencia de una profunda crisis civilizatoria en distintos órdenes, cuyos cambios producidos aún no tienen una clara direccionalidad. Para comprenderla se hace necesario caracterizar su naturaleza y reconocer los fundamentos sobre los cuales se levanta esa crisis que, en primer lugar, responde a un orden cultural en la sociedad capitalista. Me refiero a un comportamiento civilizatorio específico que ha

operado los cambios negativos sobre la superficie de la Tierra. El meollo del gran problema que enfrentamos es la relación extrema que esta civilización ha llegado a establecer con la naturaleza. Esto significa haber creado un vínculo deformado y degradante que ha llegado a su más lejano y peligrosolímite, cuyo resultado son los impactos de carácter físico y real que hoy son científicamente medibles en el planeta. Y es la Economía Ecológica la disciplina científica que nos lleva a comprender la gravedad del momento que ahora vivimos.

La segunda reflexión parte del problema de la medición en la economía del crecimiento, que se convierte en un punto fundamental para explicar el origen y la dinámica de la crisis. Esto nos ha llevado a equívocos graves e incluso a desconectarnos del mundo real. La métrica, por ejemplo en la economía del desarrollo, es un instrumento que intenta cuantificar la realidad, y está sustentada en la producción de cifras y de montos. Se usan indicadores convencionales que desvirtúan o falsean la realidad de varios fenómenos que tienen lugar en el mundo, en especial cuando se subvaloran los costos sociales o ambientales inherentes a las actividades económicas. La medición es una equivocación decisiva que nos está oscureciendo la comprensión de la crisis planetaria.

Por ejemplo, en las siguientes gráficas apreciamos una serie larga en el tiempo (1961-2009) de la evolución en la economía y la contaminación en el planeta. En el **gráfico 1** se observa una evolución inestable de la economía, con caídas y subidas repentinas, mientras que la salud del planeta se deteriora de manera constante en el tiempo por efectos de la contaminación. En el primer caso se trata de variaciones que se presentan dentro de un ciclo repetitivo de la economía. En el segundo caso, se trata de un deterioro constante que no se detiene y cuya dirección es siempre descendente. El problema radica en que solo nos situamos en el análisis de los ciclos económicos y no apreciamos estas otras dimensiones. Por ello, las recetas y las soluciones están restringidas a una caja limitada de

soluciones económicas que se encuentran representadas en el gráfico 1.

(AQUÍ GRÁFICO 1)

Pero no solo estamos sujetos a este cerco analítico, sino que también esta visión está marcada por un sesgo ideológico y antiético. En efecto, podemos apreciar en el **gráfico 2** una relación directa entre el aumento del PIB per cápita y las emisiones de dióxido de carbono (por cada mil dólares reales de incremento del PIB per cápita, las emisiones de CO₂ per cápita aumentan en un tercio de tonelada). Esto significa que existe una relación directa entre los mayores niveles de riqueza y la degradación planetaria. Este ejercicio didáctico que acabamos de realizar nos muestra la necesidad de utilizar otras mediciones que no sean solo las monetarias, pues ello nos está ocultando una crisis de mayor profundidad y sus causas. ¿Cómo funciona el capital en estas distintas dimensiones?

(AQUÍ GRÁFICO 2)

Ahora el capital no aparece en forma física y no ocupa un espacio determinado (como en la bóveda de un banco). Está representado en el dinero virtual que circula en las transacciones a través del mundo. Los gigantescos capitales se mueven ahora a la velocidad lograda por la tecnología cibernética, equiparable a la de la luz en términos relativos.

Una buena parte de la crisis a la que me refiero, aparte de la virtualidad del capital y la métrica con que se mide el "desarrollo", es provocada por esa suerte de esquizofrenia en la competencia establecida como el motor del capitalismo, cuyo combustible de alto rendimiento es el capital financiero. Aquella fijación desmedida por la competencia, que tiene lugar en la sociedad capitalista, vuelve más complicadas a las relaciones humanas, cuyos conflictos van rebasando distintos niveles, desde lo micro local hasta el ámbito geopolítico mundial. Es allí cuando esa suerte de lógica esquizofrénica del mercado, de aumentar

el consumo y la producción se expresa con claridad en la forma cómo medimos las cosas de manera equivocada. Cuando la competencia adquiera sus más grandes dimensiones se estará poniendo en peligro la naturaleza misma de los vínculos originarios entre los seres humanos. Y esa es la frontera extrema del riesgo que corremos como especie. Me refiero a un problema que tiene ya profundas connotaciones ontológicas que apuntan a la raíz misma del ser y de la civilización humana.

Frente a este escenario de crisis y descomposición surgen planteamientos de ruptura y movimientos, con un pensamiento crítico y propositivo, como alternativas civilizatorias contemporáneas. Es evidente que hoy constituyen respuestas a un indiscutible desbalance en las relaciones de poder en el mundo, a la necesidad de crear una distinta institucionalidad internacional y a una nueva estructura de pensamiento y disciplina científica. Es dentro de esta corriente de reflexión y de maduración del pensamiento que surge la Economía Ecológica y la propuesta política del eco-socialismo, como alternativa a la crisis civilizatoria, que es la materia central de mi conferencia.

3. Economía Ecológica y eco-socialismo

Mi campo de conocimiento es la Economía Ecológica, considerada una de las disciplinas más influyentes en el mundo actual. Ella me permite juntar a dos disciplinas fuertes y representativas, como la economía y la ecología. Constituye una de las respuestas posibles, pues la problemática actual depende de otros factores y propuestas complementarias, como aquella vinculada a los cambios en la cultura "civilizatoria" vigente. En la Economía Ecológica podemos encontrar más respuestas que preguntas pues es una disciplina en la que la naturaleza desempeña un rol fundamental y no solo los círculos monetarios de virtuales equilibrios representados por modelos semejantes a ruedas moscovitas lubricadas por dinero, que no consideran sus interacciones físicas con la naturaleza, de la que extraen

recursos y servicios, y en la que depositan los residuos provocados por la producción y el consumo.

La Economía Ecológica tiene una vertiente surgida del eco-socialismo. Este término proviene de marxistas que reconocieron la importancia de los movimientos del ecologismo popular y de la justicia ambiental ya a finales de la década de 1980.

El economista James O'Connor se declaró eco-socialista en 1988, en el editorial que apareció en el primer número de la revista *Capitalism, Nature, Socialism*, donde presentó la teoría de la "segunda contradicción del capitalismo". La primera contradicción nos habla de la imposibilidad de realizar las ganancias capitalistas potenciales por la falta de poder de compra del proletariado explotado, o más aun, por la falta de poder de compra de las periferias mundiales, todavía más explotadas, como puntualizaría Rosa Luxemburgo.

La "segunda contradicción" era algo menos evidente. Se manifestaba en las numerosas protestas, no sólo de los sindicatos obreros, sino y sobre todo de las poblaciones rurales e indígenas, y de las poblaciones urbanas marginadas, contra la expoliación de los recursos naturales y contra la contaminación. El capitalismo, escribió James O'Connor, menoscaba las condiciones de producción, y deteriora también sus propias condiciones de reproducción, al estropear la naturaleza, al contaminar y destruir la biodiversidad del planeta.

Un sucesor de James O'Connor, en la dirección de esa misma revista, *Capitalismo, Naturaleza, Socialismo*, Joel Kovel, se llamó a sí mismo "eco-socialista", y junto con Michel Löwy, escritor marxista brasileño-francés, promovieron un movimiento mundial eco-socialista. Asimismo, en la década de 1990, FriederOtto Wolf, profesor de la Universidad Libre de Berlín y diputado verde europeo durante varios años, continuó con esta línea. También el grupo español de la revista fundada por el filósofo marxista Manuel Sacristán, y otros marxistas europeos, convencidos

de las razones del ecologismo popular, firmaron y publicaron un Manifiesto Eco-socialista que tuvo amplia difusión.

En América Latina, lo más próximo a un pensamiento eco-socialista (en el sentido eco-marxista) se encuentra en el excelente libro del mexicano Enrique Leff, de 1986, *Ecología y Capital*. Entretanto, Héctor Alimonda (que procede de la escuela de la revista argentina marxista *Pasado y Presente* y que hoy vive en Río de Janeiro) ha publicado varios ensayos excelentes sobre el marxismo proto-ecológico en América Latina con énfasis en la figura del peruano José Carlos Mariátegui, considerado el primer marxista latinoamericano e impulsor del movimiento agrario campesino indígena de su país, y promotor de una identidad andina transformadora de la sociedad.

Si por socialismo entendemos un movimiento más amplio que el marxismo –pensando en la presencia del populismo ruso con bases campesinas (Piotr Lavrov) y del anarquismo en la Primera Internacional en 1870, movimientos que se auto calificaban como "socialistas"–no es difícil encontrar estrechas relaciones entre el socialismo de aquel entonces y el ecologismo actual. Tanto los anarquistas como los populistas "campesinistas" rusos (recuérdese su consigna Tierra y Libertad), como los zapatistas mexicanos de 1910, defendían la tierra y el agua comunitarias contra las arremetidas capitalistas, que corresponderían hoy en día a las acciones de privatización de esos recursos.

¿Qué es entonces el eco-socialismo? De acuerdo a una definición elaborada por Michel Löwy (Löwy, 2005), se trata de una corriente de pensamiento y acción ecológicos que toman los aportes del marxismo, pero que guardan distancia de sus residuos productivistas. Para el eco-socialista, la lógica del aprovechamiento del mercado, y la lógica del autoritarismo burocrático dentro del último socialismo existente, son incompatibles con la necesidad de salvaguardar el medio ambiente natural.

El mundo actual está lejos de tener una homogeneidad política. Es más, la mayoría de sus representantes comparten ciertos temas comunes.

Es así como, la palabra eco-socialista nos remite, por un lado, a la polémica sobre si en Marx encontramos sólo algunos atisbos ecologistas (como decía Sacristán), o si en Marx ya está presente el germen de una verdadera Economía Ecológica, en particular en el desarrollo de la teoría de la "ruptura metabólica" del capitalismo, que hace diez años explicó John Bellamy Foster. El eco-socialismo remite también a las elaboraciones ecologistas del marxismo, al estilo de la "segunda contradicción del capitalismo".

Más allá del marxismo –y entendiendo socialismo en un sentido más amplio, como en la Primera Internacional–, "eco-socialismo" equivale a la defensa de los bienes comunes, cuyos protagonistas no es propiamente la clase obrera industrial, sino una diversidad de grupos sociales, muchas veces con mujeres a la vanguardia. Sin duda, ha existido también un sindicalismo obrero con preocupación ambientalista, en sus históricos reclamos por el derecho a la salud en el trabajo.

En el caso de América Latina, recordemos, por ejemplo, los reclamos de tantos trabajadores bananeros de América Central y de Ecuador, por los perjuicios a su salud, provocados por el uso del nematocida DBCP de la Shell, Dow Chemical y Dole. Otros casos clásicos han sido los juicios por asbestosis o los letales daños a la salud en la industria nuclear.

El eco-socialismo agruparía al ecologismo campesino e indígena, en defensa de la tierra, el agua (y la libertad). A nivel de las ciudades, reuniría al ecologismo obrero y al ecologismo urbano de protestas contra la contaminación, por el derecho de los marginados a la ciudad, por el derecho al respeto de los ciclistas a circular en los centros urbanos. El eco-socialismo agrupa al ecologismo popular

que ha sido promovido y defendido por el economista ecológico, Joan Martínez Alier.

El valor de la Economía Ecológica radica en que es una mirada multidisciplinaria que admite los límites de la naturaleza para dar sustento a las necesidades de la humanidad. Además, entiende la realidad como un sistema interrelacionado entre la sociedad y los flujos de energía y materiales en el planeta, que la economía tradicional no ha logrado abordar. La implicación más fuerte de este conjunto de interrelaciones radica en que las actuales formas de producir y consumir nos llevan a un claro desbordamiento de los límites naturales.

4. Conclusiones finales

Nos encontramos atravesando una crisis profunda que provoca un desequilibrio en el orden de la naturaleza y nos empuja a un colapso civilizatorio de graves consecuencias.

La crisis de la sociedad contemporánea se produce porque está construida sobre un sistema que lleva dentro de sí sus propias contradicciones. Ha creado una cultura deformada que se sustenta, no en los valores humanos ni en la consideración de la naturaleza como un ser viviente, sino en los valores de cambio, que han modelado una sociedad hecha para servir a los intereses del capital y no de los pueblos del mundo.

La crisis civilizatoria como materia de análisis –examinada desde una concepción holística y sistémica– nos obliga a abordarla como si se tratara de un ser viviente que esconde una enfermedad, cuyas señales se manifiestan en la sociedad y en las alteraciones de la atmósfera, de los recursos acuáticos y de la pérdida de biodiversidad.

Desde la Economía Ecológica propongo de manera urgente dialogar con varias perspectivas para el análisis del tema al que me he referido en esta conferencia. El eco-socialismo es uno de los horizontes posibles que se levanta como una referencia contemporánea para proponer a la humanidad una salida a la crisis civilizatoria y ambiental.

El socialismo del *Buen Vivir*, propuesto en el Ecuador, aspira a la posibilidad de alcanzar la vida en armonía con los demás seres humanos y con el medio ambiente, y constituye en este momento la ilusión movilizadora, que nos permite en nuestro país enfrentar con fuerza y contenido al sistema inhumano que ha creado el neoliberalismo, especialmente en estas últimas tres décadas.

El *Buen Vivir* no es la búsqueda del “gran desarrollo” concebido en occidente; no es la opulencia ni el crecimiento infinito, sino la armonía, la igualdad, la equidad y la solidaridad con un desarrollo sustentable. En definitiva, el eco-socialismo es una respuesta que puede permitir la felicidad y la permanencia de la diversidad de la vida y las culturas en todo el mundo.

He venido trabajando en este último tiempo un conjunto de reflexiones que se encuentran desarrolladas en un libro que será publicado dentro de poco. Pretendo con ese trabajo reunir una serie de interrogantes sobre el porvenir de la sociedad humana y el planeta, a fin de que cada persona interesada en esta materia, desde su propia óptica, conocimiento y experiencia pueda evaluarlo con libertad.

Es necesario dar respuestas urgentes en el ámbito social y material en todo el planeta. Tenemos frente a nosotros una crisis civilizatoria de gran envergadura, provocada por las lógicas inhumanas del capitalismo, pero sabemos que hay alternativas para liberar a la humanidad y la naturaleza –como aparece en el título de esta charla–, cuyas pistas he intentado compartir con ustedes.

Enfrentar la crisis requiere generar nuevas corrientes de pensamiento y acciones políticas decisivas en todos los países y culturas del mundo. Estoy seguro es un compromiso que ahora nadie puede eludir. La academia tiene, por cierto, una responsabilidad muy grande.

Quito, 11 de junio de 2013